



NUEVO ROMANCE

En que se declaran los amores de Don
Cárlos y Doña Elena , naturales de la
ciudad de Málaga, y lo demas que
verá el curioso lector,

PRIMERA PARTE.



Galanes enamorados,
hijos de la primavera,
los que de flores y amores,
gustosamente se precian,
los que servis á las damas
con músicas y con fiestas,

y al cabo venis á dar
en una enredada yedra.
Oigan , que quiero contarles
la historia mas verdadera,
que en los anales del tiempo
han escrito las mas diestras

plumas de aquellos autores,
que hubo de notable ciencia,
y porque en bronce se escriba
y en lámina quede impresa,
le suplico á mi auditorio,
que con atencion me atienda,
mientras la refiero y digo,
que en Malaga, la mas bella
ciudad que el sol con sus giros
baña desde la primera
hora de su nacimiento,
hasta que á su lecho llega,
nació una dama, que fue,
hechizo de la belleza,
Doña Elena se llamaba,
que bastó llamarse Elena,
para que fuese otra Venus,
que entre las demas estrellas
resplandece su hermosura
así entre las malagueñas,
Doña Elena se llevaba
el lauro de todas ellas.
Rendido de su hermosura,
y ciego de su belleza
andaba un ilustre jóven,
cuyo nombre ya me es fuerza
decir que Don Carlos es,
y el apellido se queda
en silencio, porque importa,
que no lo diga la letra.
Por medio de una criada,
correspondiente de aquesta
señora, le escribió un dia
un villete, cuyas letras
decian de aquesta suerte:
hermosísima princesa,
hechizo de la hermosura,
vivo imán de mis potencias,
tu amor me tiene cautivo
el corazon entre gruesas

cadenas, siendo la causa
tu hermosura, Doña Elena,
yo pretendo ser tu esposo,
y si consigo esta empresa
pondré, señora, á tus plantas
aves, animales y fieras.
Dios te guarde hermoso dueño
solo espero la respuesta,
para que tengan mis ansias
fin, y descanso mis penas.
Remitió el dicho villete,
con esta criada mesma.
Le corresponde la dama
diciendo de esta manera:
señor Don Carlos, yo espeño,
á eso de las once y media
de la noche en mi balcon,
muy firme, constante y cierta,
y allí os daré la palabra
con certidumbre y firmeza.
Llegó el papel á Don Carlos,
tomólo, y rompió la nema,
gran contento recibió,
mucho en el alma se alegra,
al ver que ya sus intentos
algunos principios llevan.
Llegó la citada hora,
tomando estoque y rodela,
dos famosas carabinas,
y una calada montera,
y armado como un Roldan
se fue al balcon de su prenda,
hizo una seña, y salió,
y por una falsa puerta
del jardin, le dió á Don Carlos
entrada en su casa mesma.
Esté conmigo el curioso,
borremos aquí la letra,
y vamos á que Don Carlos
con súplicas y promesas,

gozó quanto deseaba
su gusto en falsas propuestas;
gozóla, al fin, con palabra
y mano de ser con ella
desposado; pero luego
despues otra cosa intenta,
que es ausentarse y dexarla,
y en una nave ligera,
se embarcó para las Indias;
pero la suma grandeza
de Dios Todo-poderoso
quiso que cautivo fuera
de unos bárbaros piratas,
que le presentaron guerra,
y por ser las fuerzas dobles,
prisioneros se los llevan
á la gran ciudad de Argel,
y los pusieron en venta,
á Don Carlos lo compró
en cien libras de moneda
el moro de mayor fama,
que en el Africa respetan.
Dexemos aquí á Don Carlos,
y pasemos á dar cuenta
de la dama, porque es justo
que por extenso se sepa.
Del ya referido lance
quedó esta noble doncella
embarazada, mas antes
que el vientre se conociera,
se encerró en un aposento,
adonde vista no fuera,
fingiendo que estaba mala,
no iba á visitas ni fiestas,
ni aun á misa los domingos,
ni á las gustosas comedias;
y ya cercana del parto,
mandó á un tallista le hiciera,
una arquita muy labrada,
y que de largo tuviera

dos tercias, y media vara
de ancho, y despues de hecha,
le echase su cerradura,
su llave, y una cadena,
adonde estuviera asida,
porque no se le perdiera.
Llegó la hora, en que ya
los dolores se le acercan
del parto, y á una criada
mandó que se dispusiera
para salir, y que á nadie
le diese indicio, ni cuenta
adonde iban, y salieron
disfrazadas y encubiertas,
amparadas del silencio
de la noche y sus tinieblas,
y juntamente llevaron
el arca y la vestimenta,
para que lo que pariese,
fuese vestido con ella,
y en unos ásperos montes
las dos se metieron cerca
de un fertilísimo rio,
en una casa pequeña,
inhabitable que estaba
terraplenada y deshecha,
en ella parió, sirviendo
su criada de partera;
parió una niña que daba
envidia á las flores bellas,
vistiéronla, y la metieron
en el pecho una cédula,
cuyos renglones decian:
el bautismo es lo que espera.
Despues al cuello le echaron
una preciosa cadena
con una joya de oro,
de inestimable grandeza,
que en los primeros amores
Don Carlos dió á Doña Elena.

Metieronla en la arquita,
y luego despues la cierran,
y las juntas de las tablas
las embrearon con brea,
para que el agua no entrase
dentro, y que no se hundiera.
Arrojaronla en las aguas,
cuyas corrientes soberbias

van á tener en el mar
sepulcro en sus aguas mismas.
Despues se fueron las dos
á la ciudad con presteza,
y aquí el poeta rendido
á aquesta parte primera
le da fin, y en la segunda
decir lo que falta intenta.

FIN





NUEVO ROMANCE

En que se finalizan los amores de Don
Cárlos y Doña Elena , naturales de la
ciudad de Málaga, y lo demas que
verá el curioso lector.

SEGUNDA PARTE.

Ya dixen en la primer parte,
noble auditorio discreto,
como la ama y la criada
á la ciudad se volvieron,
despues de echar en las aguas
el arca, y la niña dentro,
mas de allí á poca distancia,

y despues de corto trecho,
se detuvo entre unos troncos,
que consumian al tiempo,
tenian dentro del agua
metida gran parte de ellos.
Tiernamente zozobraba,
con suspiros , hasta el cielo

suben los llantos humildes,
pidiendo favor de ellos,
á cuyo tiempo pasaba,
por aquel sitio un vaquero,
elevado, y compasivo,
confuso, admirado, y yerto
se quedó quando en las aguas
oyó suspiros tan tiernos;
pusose sobre los troncos,
y sacando á salvamento
el arca, la abrió, y sacó
la niña que estaba dentro;
llevola en sus mismos brazos
á su choza, y disponiendo
las diligencias precisas,
para conducirla al pueblo.
Remitióla á la ciudad,
y le sacaron del pecho
el papel, en que decia
el Bautismo es el que espero.
Dieronsele, y el padrino
vino á ser su propio abuelo,
padre de Don Carlos; que
así lo permitió el Cielo.
Y en el sagrado bautismo
Rosalia le pusieron
del Rio, que este apellido
le viene bien de derecho,
y el vaquero agradecido
le presentó al caballero
la joya de oro, que
le halló á la niña en el pecho,
el cual la conoció al punto,
y ha dicho; valgame el cielo!
quién te ha dado aquesta joya?
de dónde te vino esto?
el vaquero le contó
fínicamente lo cierto.
En fin, se quedó con ella,
varias cosas discurriendo.

Quedóse la niña á cargo
de su padrino y abuelo,
y una ama para criarla
llevó á su palacio mesmo.
Divulgóse en la ciudad
este caso en breve tiempo;
y la dama se previno,
haciendose este concepto:
la criada ha de descubrir
el secreto de su pecho,
y he de quedar desdorada
sin honra, punto ni crédito,
y así, para no vivir
con el sobresalto, quiero
darle la muerte, y así
nada será descubierta.
Llegó la noche, y la dama
previno un puñal sangriento,
y estando ya recogida
la gente, con gran silencio
fue al cuarto donde dormia
la criada, y descubriendo
su blanco pecho, le dió
con el afilado acero,
una puñalada, que
no le dió lugar, ni tiempo
á que dixera Jesus,
y con varonil esfuerzo
la tomó en sus mismos brazos,
y la echó en un sumidero.
Nadie llegó á saber cosa
por diligencias que hicieron.
Despues saliendo esta dama
á cierto divertimiento
una tarde, encontró
en la calle un muchachillo,
que este en sus brazos traia
la niña con mucho aseo;
pidiósele para verla,
y lo engañó con dinero:

diciéndole, que en aquel sitio
le aguarda, que vuelva presto.
A su casa la llevó,
y le metió entre los dedos
un anillo que tenía
de valor quinientos pesos,
y un letrado que decía
de la hermosa prenda el dueño.
Hizo una cuba de tablas,
y metió la niña dentro;
y siendo las oraciones,
sin estorvarle el recelo,
susto, miedo, ni zozobra,
pesadumbre ó sentimiento,
se fue á la orilla del mar,
y echó la niña en su centro,
pero la suma bondad,
de Dios, quiso, que un lucero
fuera sobre dicha cuba
como de farol sirviendo,
y por espumosas ondas,
y cristalinos espejos
navegó toda la noche
siendo Dios el marinero
de esta nave, que llevaba
un ángel hermoso dentro.
Era noche de san Juan,
quando sucedió el suceso,
en cuya noche los moros
tienen su divertimento
saliéndose á la marina
á gozar del ayre fresco,
embarcándose en las lanchas,
tocando mil instrumentos,
entre los cuales estaba
Don Carlos, y quiso el cielo,
que otro no llegase á ver
las luces de aquel lucero,
sino es él, y partió al punto
en un bergantín pequeño,

y estando en su cercanía
las luces se obscurecieron:
llegó, y sacando la cuba,
volvió á tierra, y con anhelo
la abrió, y viendo aquella niña,
se quedó absorto y suspenso,
y mas quedó quando vió
el anillo de sus dedos,
y el letrado que decía
aunque con mucho silencio,
soy propio de doña Elena,
y en sí mismo concibiendo,
que era su hija, lloraba,
y con paternal deseo
procuró buscarle una ama
para crianza y enseñó.
En esta sazón tenía
su amo un infante tierno,
que una cristiana cautiva,
lo estaba criando al pecho;
pero el Redentor Divino
quiso muriese á este tiempo;
y al instante mandó el moro,
que con aquel mismo esmero,
que á su hijo la criara,
y fue tan grande el afecto,
que á la niña la tenía,
que le deseaba el tiempo
de su razón, para darle
de su ley los documentos.
Y al cumplir el primer lustro,
le puso al punto un maestro,
y de la mejor rica tela,
que habia en todo aquel reyno,
la hizo un rico vestido
para adorno de su cuerpo.
Todo su mayor cuidado,
su agencia, y mayor desvelo,
era de cuidar de la niña
sin excepcion en aquesto.

Cumplidos los quince años,
su padre Don Carlos viendo
á su hija, enterneciose,
y á un retirado aposento
se fue, y puesto de rodillas
dixo estos siguientes versos:
dulcisima y sacra aurora
de la Victoria, consuelo
de todo el que está afligido,
y del perdido remedio,
á tu piedad infinita,
madre de Dios, hoy apelo;
para que tu gran clemencia
suavice el duro pecho
de mi amo, que lo mueva,
á que se dé por contento
de mi servicio, y me de
la libertad que deseo,
y á mi hija juntamente,
prenda que en el alma sienta;
esto, señora, os suplico,
y á vuestra eleccion lo dexo.
Llegó, pues, el medio dia,
con que á comer se pusieron,
y el moro dixo á Don Carlos,
sabrás como yo pretendo
concederte libertad,
y á tu hija, y con aquesto
despídete, que esta tarde
ha de ser tu partimiento:
y porque de mí te acuerdes,
á tu hija le presento
esta joya de esmeraldas,
por lo mucho que la quiero,
y si en alguna ocasion
te hallares corto de medios,

F I N.

no tienes sino avisarme,
que en remediarte me empeño;
toma para tu viage
lo que fuere de tu electo,
aparcibete al instante,
porque prevenido tengo,
el navío, y al instante
del moro se despidieron,
y tambien le dió una cédula,
para ir libres del riesgo,
y Don Carlos con su hija
se abraza con tal contento,
que con agua de sus ojos
regaron el duro suelo.
Entraron en el navío,
y con grande rendimiento,
al simulacro divino
de la victoria pidieron,
que los ampare, y los guie,
y fue tan próspero el viento,
que á las diez horas llegaron
á Málaga, donde haciendo
visita á la pura Virgen,
dos corazones le dieron.
Visitaron á sus padres,
y de la señora hicieron,
la diligencia, y estaba
en un sagrado convento;
y con gusto de ambas partes
las bodas se dispusieron,
y viven dándole gracias
á la Reyna de los cielos.
Y ahora Pedro Portillo
pide á todos los discretos,
que la falta de esta letra
la perdonen como cuerdos.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Balseria, núm. 18.
Año 1821.

